

PEREZ DE AYALA Y EL LENGUAJE

A propósito de «Tigre Juan» y

«El curandero de su honra»

UNO de los aspectos que más llaman la atención en la obra de Pérez de Ayala es, sin duda alguna, el lenguaje. Los efectos expresivos que el autor consigue mediante una elaboración llevada al máximo son bien conocidos, y no es mi propósito analizarlos aquí. Mi intención en estas líneas es hacer notar en qué medida ese lenguaje, su conformación artística, no depende sólo del grado de sensibilidad del autor ni de su capacidad poética —en el más amplio sentido del término— sino que en gran parte responde a una reflexión teórica sobre el lenguaje como medio de comunicación, reflexión que en ocasiones se hace eco, consciente o inconscientemente, de otras teorías, y en alguna ocasión incluso las anuncian.

En diversos momentos de la obra de Pérez de Ayala he encontrado referencias directas al lenguaje y la comunicación. La elección de “Tigre Juan” y “El curandero de su honra” como área de estudio y ejemplificación constituye solamente el avance de un trabajo más amplio que abarcará la totalidad de la obra de Pérez de Ayala.

1. *Una reflexión sobre el lenguaje*

Yo, como menos instruido que tú, quizás hablo con más propiedad, porque el lenguaje lo establece el vulgo, que no los



cultos, por cuanto para el vulgo el lenguaje pertenece al vivir y al obrar, y para los hombres cultos pertenece al pensar; de manera que así como los cultos emplearon las palabras según su origen y para establecer las causas de las cosas, nosotros, los vulgares, enderezamos el habla a expresar los anhelos y propósitos de nuestra voluntad (1).

Tres puntos interesantes cabe destacar en este párrafo puesto en boca de Tigre Juan. En primer lugar, la distinción o, mejor, la separación del lenguaje según sus funciones. Afirma Tigre Juan que el lenguaje vulgar pertenece al vivir y expresa los anhelos de la voluntad. Está identificando la función expresiva —emotiva— del lenguaje con el empleo que el vulgo hace de él. Por otra parte, al afirmar que el lenguaje de los cultos pertenece al pensar, quita todo elemento afectivo del mismo y lo reduce a puro vehículo, es decir, a la función simbólica —o metalingüística—. Si nosotros, por nuestra parte, identificamos el lenguaje de los cultos con el de la lógica y el del vulgo con el del arte —por lo que ambos tienen de expresividad: natural en un caso y elaborada en otra—, podemos ver que esta afirmación de Pérez de Ayala coincide, a cuarenta y cinco años de distancia, con la de Noel Mouloud en “Significación, lenguaje y estructura”:

El lenguaje de la lógica y de la ciencia desarrolla la función “simbólica” del lenguaje (en el sentido de Bühler): fórmula y transmite informaciones objetivas. El lenguaje del arte recarga la función “sintomática”, que preferimos llamar “expresiva”: nos invita a compartir una comprensión del mundo marcada por un fuerte componente afectivo o personal (2).

Un segundo punto es la distinta nominación de la realidad del lenguaje: en un principio habla Tigre Juan tanto del lenguaje de los cultos como del lenguaje del vulgo, refiriéndose evidentemente tanto a la capacidad comunicativa como a su puesta en práctica; esto es, lo que con términos de Chomsky llamaríamos “competence” (competencia) y “performance” (ejecución). Sin embargo, en una segunda nominación, habla de las *palabras* de los cultos y del *habla* de los vulgares. Esto entraña una distinción, una opo-

(1) CH, pág. 138.

(2) Mouloud, N. “Significación, lenguaje y estructura”, en “Estructuralismo y lingüística”, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1969; p. 48.



sición entre unos y otros. Al decir "palabras" el lenguaje queda minimizado: se pierde de vista el conjunto para fijarse en sus componentes, y la disección lleva consigo el frío de lo científico. El lenguaje de los cultos, reducido a palabras, es como una máquina: ha perdido por completo toda dimensión humana. Una vez más, expresa su valor de instrumento: "para esclarecer las causas de las cosas".

Por contra, cuando dice "el habla" de los vulgares, vuelve al plano más humano; "habla" nos lleva a la tradicional dicotomía saussuriana, la lengua y el habla, e indica la realización de una capacidad, no el instrumento de esa realización.

Es decir, que nos encontramos ante una nueva separación entre dos planos diferentes del lenguaje: el culto y el vulgar, pero no vulgar en sentido peyorativo, sino con la significación de "coloquial" o "familiar", y que se puede relacionar con la distinción medieval entre "latín" y "lengua vulgar", llamando así al romance y desprovista, por lo tanto, esa denominación de la connotación negativa que actualmente tiene.

El tercer punto es la contradicción implícita en la afirmación de Tigre Juan. Dice éste: "Nosotros, los vulgares..." y hace una disertación que, en verdad, nada tiene de vulgar, tanto si se considera el fondo como la forma. Esta contradicción es la que revela que Tigre Juan no es más que un personaje de ficción; un personaje que sirve de eco en ocasiones al pensamiento de su creador (3). No hay que esperar, por lo tanto, verosimilitud absoluta en su comportamiento.

En otro sentido, hay que destacar el claro matiz de finalidad que se desprende de cada palabra, y especialmente de los verbos: *emplear... para*

(3) El que, efectivamente, las palabras de Tigre Juan reflejan el pensamiento de Pérez de Ayala, y en qué medida lo hacen, nos lo demuestra el siguiente párrafo:

"El idioma es sólo por accidente vehículo de ideas abstractas. En cuanto cosa viva, el idioma es manifestación de emociones y experiencias, características de un grupo humano, de un pueblo cuya actitud para sentir las y exteriorizarlas, con su matiz familiar se transmite, junto con la organización fisiológica, por herencia. Si el fin preponderante de los innumerables idiomas fuese incorporar ideas abstractas, como quiera que éstas son idénticas para todo el género humano, a estas horas hablaríamos todos los hombres un mismo idioma universal. Los inventores del volapuk y del esperanto hubieran estado destinados a un éxito fulminante. Por el contrario, si sobrenatural y milagrosamente en este mismo instante todos los hombres nos pusiéramos a hablar un mismo idioma, a la vuelta de muy pocos años sucedería (por el influir del medio, por la variedad de emociones experimentadas, por la mutabilidad de temperamentos, por el influjo de artistas singulares), que del idioma máxime se habrían disgregado otros muchos y que los hombres no podrían entenderse emocionalmente unos con otros". ("Eça de Queiroz y el francesismo". *Más divagaciones literarias*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1960. pág. 194). Recordemos de nuevo que, para Tigre Juan, el lenguaje de los cultos "pertenece al pensar" y el del vulgo "expresa los anhelos y propósitos de nuestra voluntad".



y *enderezar*... *a*. En este último, a mi parecer, se unen dos componentes semánticos: por una parte, el de dirección (*enderezar*, derivado de *derecho/directus, dirigere*); por otra, el de intencionalidad (*enderezar*: "disponerse, encaminarse a lograr un intento", DRAE), con lo que, subyacente a la expresión de Tigre Juan está la idea de imperfección del lenguaje —en el sentido de algo inacabado, de algo que está en continua creación. Por este camino llegamos a la conocida caracterización del lenguaje, por Humboldt, como *energía*.

2. El lenguaje como actitud reflexiva

El lenguaje es, antes que reflexión, actitud, conducta, aun cuando sea conducta reflexiva. Por ello, Tigre Juan no sólo teoriza sobre el lenguaje, como vimos antes, sino que intenta llevar a la práctica unos principios deducidos empíricamente (aunque, como creación literaria, presupongan una reflexión intelectual por parte de Pérez de Ayala). Esto es lo que se refleja en el siguiente párrafo:

Tigre Juan *atemperaba* su lenguaje a la inteligencia, estado y estilo del interlocutor. Con las personas educadas, *procuraba* hablar por lo retórico. Con Nachín de Nacha, el aldeano, *empleaba* voces y giros del dialecto popular (4).

Una idea general se desprende de este párrafo: la de "actitud" de Tigre Juan ante el lenguaje, en el más claro sentido de artificiosidad. Esta idea, que se continúa y reitera a lo largo de la novela, está apoyada y realizada aquí por varios términos fundamentales, que definen esa actitud: *atemperaba/procuraba/empleaba*.

El primer verbo, *atemperaba*, señala el esfuerzo de Tigre Juan para borrar las diferencias lingüísticas con su interlocutor (5), que podrían dificultar la comunicación entre ambos, e incluso impedirla si a un contenido un tanto abstracto para Nachín le acompañase una expresión culta, desusada para él. Por ello Tigre Juan no sólo se adapta a la forma popular de hablar sino que, al mismo tiempo, está adoptando también la forma de los conceptos que quiere comunicar.

(4) TJ, pág. 26. El subrayado es mío.

(5) La segunda acepción de *atemperar*, en el DRAE es "acomodar una cosa a otra".



El segundo verbo, *procuraba*, también indica esfuerzo, actitud premeditada y poco espontánea por parte del hablante; habla del intento —que no siempre significa consecución— de alcanzar el nivel superior del lenguaje culto que, desde su perspectiva inferior, Tigre Juan considera rebuscado, retórico, con la connotación ligeramente peyorativa que tal término adquiere cuando se olvida su significado original y se aplica como adjetivo a un estilo de lenguaje.

En cuanto al último verbo, *empleaba*, es igualmente significativo en tanto que alude al lenguaje considerado no como facultad natural, sino como instrumento del que el hablante puede hacer distinto uso, según su particular intención.

En el caso de Tigre Juan esa intención era hacer más comprensible a sus interlocutores menos cultos su pensamiento; por ello “empleaba voces y giros del dialecto popular”, aunque en rigor esto no fuese exactamente cierto (6).

Queda, pues, claro, que al menos en este caso, cabe hablar de *actitud* en el más puro sentido de comportamiento, es decir, la conciencia sumada a la conducta.

Por otra parte, la actitud de Tigre Juan nos recuerda una afirmación de Martinet:

En el uso normal de la lengua, la elección de las palabras está impuesta esencialmente por la experiencia que se trata de comunicar, combinada, desde luego, con el *deseo de adaptar la comunicación a aquél a quien va destinada* (7).

Esta coincidencia casi literal nos hace pensar hasta qué punto llega lo teórico en la creación novelesca de Pérez de Ayala.

3. *Denominación del idioma*

Y, ya para terminar, una última observación acerca de la consideración del idioma. En un momento determinado, Tigre Juan dice:

(6) No es rigurosamente cierto puesto que no transcribe con fidelidad el dialecto hablado realmente en la región, sino solamente algunos rasgos del mismo.

(7) Martinet, A. *Las elecciones del hablante*, en “Estructuralismo y Lingüística”, Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1969; págs. 18-19.



Y perdone que me exprese en *román paladino*, con palabras que puede usted leer en la Sagrada Biblia mismísima si le place (8).

“Román paladino” enlaza, tras un salto de siglos, con la denominación medieval de la lengua. Si Berceo habla de él como lengua de comunicación coloquial, en oposición al latín o lengua culta, Pérez de Ayala emplea ese término con el significado de claridad en el hablar, con el refuerzo de autoridad de la Biblia para justificar el uso de ciertas palabras que en una sociedad media podrían tener una connotación “prohibida”: esas palabras son “putaño” y “sodomita”.

Esa actitud de Pérez de Ayala —no de Tigre Juan— aparece también en otra novela. No emplea exactamente los mismos términos, pero su sentido es el mismo. Es en “Luna de miel, luna de hiel”, y quien las pronuncia es doña Rosita, la encantadora abuela de Simona, quien queriendo expresarse con toda claridad —como Tigre Juan— dice:

...Pero yo hablo el castellano viejo de mis mayores... Yo llamo al pan, pan (9).

La idea de antigüedad del idioma es, pues, un factor positivo de valoración del mismo, y esto es lo que se observa en general en la obra de Pérez de Ayala, quien no sólo emplea un vocabulario arcaizante a veces, sino que en ocasiones hace uso de estructuras claramente arcaicas, como es la perífrasis de futuro (*llevarte he...*) y que constituye un auténtico rasgo estilístico en cuya aparición interviene una voluntad expresa del autor.

Y en ese afán arcaizante nos encontramos, sorprendentemente, con una tradición renovada al cabo de los siglos: la del bien hablar toledano:

—¡Qué labia de oro! Bien se ve que es usted de Toledo, donde se cría el albaricoque de hueso dulce (10).

Evidentemente, Tigre Juan se refiere casi más al contenido de las palabras de doña Iluminada que a su perfección formal —de ahí la imagen del albaricoque de hueso dulce— pero aún así es muy interesante que Pérez de Ayala haya recogido esa tradición, lo que demuestra, una vez más, lo clasicista de su espíritu.

(8) TJ, pág. 126.

(9) “Luna de miel, luna de hiel”, pág. 154.

(10) TJ, pág. 137.

